

PERIODISMO Y LENGUAJE

El papel de las facultades, ante el mal uso del castellano

Dr. Juan Jesús Pérez Pérez

La Laguna

Es muy difícil poder hacer una prospección de cómo será el periodismo del próximo siglo, teniendo en cuenta los continuos y revolucionarios avances tecnológicos y la evolución de la sociedad. Sin embargo, a pesar de las innovaciones tecnológicas que ya estamos utilizando y que utilizaremos en el futuro, en esta sociedad científica o tecnológica y en esta sociedad de la información en la que estamos inmersos, si se puede prever que el uso de la lengua, junto con la imagen, seguirá siendo para los periodistas su herramienta básica de trabajo, cualquiera que sea el medio que se utilice, al margen de las innovaciones que se vayan introduciendo.

Por ello, es conveniente que no perdamos esta perspectiva desde las Facultades o Escuelas de Ciencias de la Información o de Periodismo, y que dediquemos una especial atención al uso apropiado del idioma por parte de los futuros profesionales de la comunicación.

Lejos de la reciente consideración de Xavier Arzallus sobre el castellano, que está en la mente de todos, reduciéndola al ámbito de político del anterior jefe de Estado, el castellano no sólo ha sido la lengua de Nebrija, Cervantes, Pérez Galdós, Unamuno, Antonio Machado o Federico García Lorca, sino también la de Rubén Darío, Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda o Andrés Bello, por poner sólo algunos ejemplos -quienes han dado excelentes muestras de su uso correcto en distintas en distintas etapas de la literatura o de los estudios lingüísticos- sino que es también la lengua de la amplia comunidad de hispanohablantes y de hablantes de otras comunidades que la tienen como segunda lengua. Pero como cualquier lengua, por ser algo vivo, aunque no condenada fatalmente a la muerte como éstos, evoluciona, aunque no siempre de la mejor forma posible, al estar sometida a todo tipo de influencias, a veces negativas, y por su carácter, a veces, endeble.

Se habla con mucha frecuencia del mal uso de la lengua en los medios de comunicación. Lingüistas y otros expertos en el campo de la lengua y la literatura, algunos de ellos con enorme autoridad en la materia como Lázaro

Carreter, Eugenio Coseriu, Manuel Alvar, Emilio Alarcos Llorach, Camilo José Cela, etc., han alertado en numerosas ocasiones de este mal uso. Igualmente, es frecuente que en cualquier curso, seminario, jornadas o congreso sobre el castellano, se señale el mal uso del idioma en los medios de comunicación.

Es posible que en algunas ocasiones críticas tan agudas no estén del todo justificadas, por su exacerbado purismo, pero tenemos que reconocer, haciendo una saludable autocrítica, siempre necesaria por parte de todo profesional, que la lengua, el castellano en este caso, no tiene en muchos casos el adecuado tratamiento en los distintos medios que tomemos en consideración (es decir, periódicos y revistas, además de los nuevos periódicos electrónicos, radio, televisión y cine) y, cualquiera que sea el tipo de mensajes (netamente informativos, publicitarios, institucionales, etc.).

Digamos, de todas formas, no en una actitud de simple consuelo, sino para constatar la realidad, que no son sólo los periodistas o los comunicadores en general quienes cometen errores. Se pueden señalar, como ejemplos, los frecuentes errores que podemos encontrar en los carteles de Obras Públicas o en lenguaje "oficialista" de la Administración y en el lenguaje de algunos políticos, de quienes proceden muchas barbaridades lingüísticas que se oyen o leen con frecuencia, como es el caso repetido hasta la saciedad de "escenarios económicos". Quizá venga a cuenta citar aquí aquella frase de Cervantes que dice que "Los que gobiernan ínsulas, por lo menos han de saber gramática".

Pero si volvemos al caso de los medios de comunicación, hay que decir que junto a los frecuentes errores sintácticos y los numerosos latiguillos que invaden esos medios como en "el marco de", "en base a", "de cara a", etc, nos encontramos, cada vez con mayor frecuencia, con el uso de anglicismos, galicismos y otros ismos. Muchas de estas formas son meros calcos, especialmente del inglés, que tiene un sentido distinto en la lengua originaria, como es el caso de "nominar", proveniente de nominare, que se usa en castellano sustituyendo a palabras con sentido diverso como designar o proclamar; fundamentalista, por integrista; santuario, por refugio; honesto, por sincero; confrontación por enfrentamiento; vuelos domésticos por vuelos internos; enfatizar por recalcar o subrayar, etc.

Pero el problema no queda sólo en la difusión de este tipo de traducciones torpes sino que se extiende a la sintaxis afectando al propio ritmo del idioma. En pocas palabras, con mucha frecuencia nos encontramos con noticias redactadas directamente al castellano que lejos de ser claras y correctas en su redacción son confusas y con todas las características de una mala traducción.

También es frecuente, especialmente en los medios audiovisuales, el denominado "dequeísmo", o mal uso de la palabra "que", como en el caso "resulta de que"; la mutilación de los finales en -ado; la concordancia plurales como en "la mayoría tienen"; expresiones como "problemática", "punto álgido" (por punto cumbre); el uso de muletillas como "verdad", "o sea", etc; el uso abusivo de super como "supercomódo", etc.

Además, es alarmante, el aumento creciente del uso de vocablos o expresiones extranjeras, sobre todo en determinadas secciones de los periódicos que, con frecuencia, no tienen ningún tipo de justificación, ya que con anterioridad ya existía en castellano una palabra o una frase para expresar exactamente lo mismo. Se trata de un uso, que sólo se "justifica" por el mera intención del periodista de llamar la atención sobre si mismo y sobre un tipo de pseudocultura.

Estos usos y errores conllevan, en primer lugar, un paulatino deterioro y empobrecimiento del idioma y, en segundo lugar, una transformación contra natura de la esencia del castellano. No es necesario hacer demasiado hincapié en la influencia que se produce en este aspecto en los destinatarios de los medios y los mensajes si tenemos en cuenta la ingente cantidad de páginas y horas de emisión que se producen en un sólo día, muy superior a la influencia que puede tener los libros por su producción mucho más escasa y por el más reducido número de destinatarios reales. Esto propicia que, en muchas ocasiones, los errores y malos usos del idioma difundidos, van adquiriendo una cierta carta de naturaleza en los hablantes en general.

El mercado mundial de las noticias, como cualquier tipo de mercado es cada vez más competitivo, pero en este ámbito, son los Estados Unidos quienes venden con mayor éxito su periodismo en el extranjero. Las agencias informativas Associated Press y United Press International, así como numerosos periódicos y revistas, además de ciertos informativos, y canales de televisión de este país, en particular la CNN y la NBC están teniendo amplia influencia en los medios de comunicación de todo el mundo.

De esto se deriva, en parte, teniendo en cuenta nuestra particular dejadez, la creciente aparición de vocablos y expresiones inglesas en la prensa no estadounidense, muy en particular en la de España e Hispanoamérica, y en la de los países donde se hablan las demás lenguas románicas, aunque en menor grado en la de Francia, donde hay una preocupación general por la lengua al igual que en Alemania y otros países del centro y del Norte de Europa. En efecto, se puede decir con el lingüista rumano Eugenio Coseriu que "En el mundo hispánico hay un descuido general de las normas idiomáticas.

Asimismo, la creciente popularización del uso de Internet, que tiene como idioma más difundido el inglés, está influyendo de forma destacada en la introducción de nuevos elementos léxicos en el castellano o español.

La internacionalización de la economía y la popularización de formas de vida nacidos en Estados Unidos, o lo que es lo mismo manera americana de vivir (es decir la "american way of life"), han contribuido también a que cada vez más utilicemos, casi sin darnos cuenta, expresiones inglesas en el lenguaje cotidiano y muy especialmente en los medios de comunicación. Llegado a este punto, es oportuno afirmar y tener en cuenta con Menéndez Pidal que "Una lengua puede vivir indefinidamente /.../, y puede morir sustituida por otra, si le falta la entrañable adhesión de la sociedad que la habla".

Estamos por tanto ante una situación que además de afectar seriamente a la "salud" de la lengua, está desprestigiando, de alguna manera, a periodistas, medios de comunicación y al periodismo en general. Es evidente que existe una gran tendencia a preocuparse más por el contenido que por la forma en de los mensajes informativos. Se tiende a hablar o a escribir de cualquier modo con tal que se entienda, considerando por tanto a la lengua más como una expresión práctica antes que una forma de cultura. Es evidente que lo primero es el contenido, la sustancia del mensaje, pero también está claro que sin una forma adecuada ese mensaje puede llegar a desvirtuarse.

Se desvirtúa especialmente cuando la incrustación de voces ajenas a la lengua dificultan su entendimiento. En este caso, el lector tiene dos alternativas, pasar por alto la posibilidad de descifrar su

contenido o intentarlo, en muchas ocasiones sin éxito. En ambos casos, se está presentando al destinatario de los mensajes obstáculos innecesarios, ajenos a las dos principales características que debe reunir el lenguaje periodístico: la sencillez y la corrección. Es decir, se introduce de forma voluntaria un ruido innecesario a los mensajes, algo que no se debe permitir todo buen profesional de la comunicación que se precie, pues él mismo es quien está poniendo cortapisas a la fluidez en su propia tarea de comunicación.

Está claro que si el deber "sagrado" del informador no es sólo trasladar a la opinión pública mensajes descargados de la mayor subjetividad posible sino caracterizados también por esa corrección y sencillez de la que hablamos, que permita un mejor entendimiento, estamos ante un periodismo que no cumple, en muchos casos, con alguno de sus principales deberes.

Igualmente, si consideramos como ciertos los anteriores planteamientos, se hace necesario evitar que este fenómeno vaya tomando cada vez más importancia. Hay que valorar adecuadamente las indicaciones de la Real Academia Española. A nivel individual también podemos contribuir con nuestra aportación personal. Asimismo, los medios deberían plantear una mayor exigencia en cuanto a la utilización en su seno de un castellano lo más correcto posible.

En el caso de la Real Academia, su labor silenciosa es meritoria, las posiciones de los miembros de esta institución son las más adecuadas, las que están revestidas de una mayor autoridad, y su diccionario es el documento al que todos debemos recurrir ante cualquier duda. Lázaro Carreter ha señalado con cierta ironía que es necesario volver al periodismo de antes en el que el periodista consultaba el diccionario al menos tres veces al día.

Es necesario tener en cuenta también, aunque carezcan del beneplácito de la Real Academia, la útil aportación de los llamados libros de estilo que poseen algunos medios como "El País", "La Vanguardia", "ABC" o "El Mundo", además de la agencia Efe o Radiotelevisión Española, entre otros.

En efecto, estos libros de estilo constituyen una aportación excelente en la tarea de usar mejor el idioma, pero se reduce más bien al ámbito de la redacción del medio respectivo, con la excepción del Manual de Estilo de "El País", que está teniendo un mayor ámbito de utilidad no sólo en España sino en Hispanoamérica, por tratarse de uno de los periódicos de referencia más importantes del mundo hispano. Los libros de estilo tampoco constituyen una solución a nivel general pues la mayor parte de los medios no tienen libro de estilo y los que existen a veces presentan concepciones y recomendaciones divergentes.

Lázaro Carreter se ha mostrado escéptico ante los libros de estilo y se ha mostrado partidario de crear una comisión integrada por miembros de la Academia y periodistas para atajar con prontitud los errores lingüísticos en los medios de comunicación y, si bien, no se ha creado tal comisión, puede tener cierta coherencia en este sentido el reciente nombramiento de los periodistas Juan Luis Cebrián y Luis María Ansón como nuevos miembros de esta institución.

Con frecuencia resulta inútil una invitación a la utilización más correcta del idioma debido a razones relacionadas con la preparación cultural del autor de los mensajes o por a causa de su empecinamiento o tosudez. En definitiva, no se puede obligar a alguien a que hable o escriba si no puede o no quiere. Por ello resulta vano o improcedente cualquier intento coercitivo por medio de procedimientos legislativos, como ha ocurrido no hace mucho en Argentina, al estilo de otro intento anterior llevado a cabo en Francia. En aquel país hispanoamericano ya todo el mundo ve como natural, en contra de la pureza de la esencia del idioma, el uso de numerosos galicismos e italianismos, llegados como consecuencia de la emigración, y sería inservible cualquier tipo de normativa legal que lo prohibiera.

Antes de imponer u obligar en tal sentido es mejor educar si se quieren obtener mejores resultados. En España académicos y escritores han coincidido en regular de alguna forma el idioma pero sin poner "puertas al campo". La sensibilidad de la lengua como área de cultura se ha hecho evidente en España con la supresión de la "ñ" y la "ch" como consonantes. De todas formas, no parece lo más adecuado solucionar los problemas sociolingüísticos por decreto, como ha señalado Sánchez Albornoz. En cualquier caso, Lázaro Carreter estaría más de acuerdo con una ley de uso y no de defensa del idioma, no una ley prohibitiva sino una ley que, entre otras ventajas, permita que los documentos y la publicidad no lleven a equívocos.

Todo lo señalado anteriormente, pueden resultar aportaciones favorables en la tarea de atajar el deterioro de la lengua y de evitar una excesiva "colonización" de elementos extraños, pero es en el campo de la educación, donde sí se pueden establecer una serie de pautas más rígidas en el uso correcto de castellano que a la larga producirán efectos mucho más positivos. Es necesario concebir la lengua desde este ámbito educativo como un patrimonio cultural común que es necesario defender. En esto mismo ha incidido el profesor Lázaro Carreter, a quien le parecería poco todo aquel esfuerzo que se pudiera llevar a cabo en este sentido.

Al igual que para un cirujano es imprescindible el manejo apropiado del bisturí, por poner el ejemplo de

cualquier otro profesional, ¿por qué no es para el periodista igualmente imprescindible el uso del lenguaje de la forma más correcta posible?. Es evidente que el manejo de tales herramientas, el bisturí o el lenguaje, no es óbice para que tanto el cirujano como el periodista deban poseer conocimientos profundos relacionados con su profesión, pero también está claro que esos conocimientos no les servirían de nada si no los puede aplicar con delicadeza y precisión.

Es cierto que en los etapas básica y media de la enseñanza es donde el nivel de exigencia en sobre el buen uso de la lengua deba ser mayor. Para las Facultades de Periodismo o Escuela de Periodismo resulta más difícil porque a la hora de diseñar sus planes de estudios se ha dado por hecho -lo que al mismo tiempo parece lógico- que los alumnos que accedan a estos centros ya manejan el idioma con destreza y corrección.

Pero por desgracia esto no es así, al menos en un cierto número de casos. Incluso una vez terminada la carrera, en un cierto número de casos, no se ha alcanzado la preparación lingüística adecuada o al menos una sensibilidad suficiente a la hora de utilizar el idioma. De esto constituye una muestra ese lenguaje a veces tan cargado de errores que comentábamos al principio, errores firmados algunas veces por licenciados en Ciencias de la Información.

Como decíamos, situándonos en el plano de la educación, son las Facultades y las Escuelas de Periodismo quienes tienen una menor responsabilidad en la formación lingüística de los alumnos, pero ello no debe ser una excusa para mantener nuestra preocupación y buscar los procedimientos adecuados. ¿Por qué no reflexionar entonces en la búsqueda de tales procedimientos?.

Pensando en próximos encuentros como este, las aportaciones en cuanto al tema sobre el que estamos reflexionando, derivadas de la experiencia docente de cada profesor, de cada uno de estos centros de formación de periodistas, pueden resultar de utilidad para el encuentro de soluciones adecuadas.

Este esfuerzo tiene también un enorme sentido si tenemos en cuenta que además del deterioro y adulteración de la lengua, está en juego, como han venido advirtiendo algunos lingüistas y escritores, la unidad de la lengua española por lo que no deberíamos perder de vista la defensa de su unidad como vehículo de intercambio y de cultura entre los cientos de millones de habitantes de los distintos países hispanohablantes, ante el riesgo del surgimiento de un tipo de español con personalidad diferente según el país de que se trate, ante una mayor o menor influencia del inglés.

Ya tenemos algunas muestras de esta nueva situación, citemos el llamado "spanglish" usual en Puerto Rico y en ciertas comunidades latinas de Estados Unidos. Hay que tener en cuenta que una de las causas que facilitan este fenómeno es que el español no es la lengua de un sólo país sino de muchos países que se han desarrollado de forma divergente y también en lo lingüístico.

Debemos tener en cuenta en esa defensa de la unidad la importancia de la lengua, como vehículo de intercambio económico, cultural, científico, etc, y, en definitiva, lo que mantiene vivo el sentido de comunidad, en este caso la comunidad de hispanohablantes. Al mismo tiempo se podría hablar de su carácter integrador como vínculo de la unión política iberoamericana, según Lázaro Carreter.

Son muchas, por tanto, las ventajas de la unidad del idioma y son también muchos los riesgos y las consecuencias negativas que se pueden plantear a la hora de analizar el mal uso de la lengua. Digamos, para terminar, que posiblemente los periodistas nunca lleguemos a utilizar amar el castellano como lo hiciera Larra, pero al menos debemos intentarlo.

[* Trabajo presentado en las II Jornadas La Laguna - América
sobre Comunicación, celebradas en abril de 1997]